

ciones, los colorantes, la vegetación silvestre a través del polen,... etc.

—Recoger el material cerámico, instrumental lítico o metálico, y cualquier pieza de interés. Aquí existen serias discrepancias sobre el modo de proceder: realizar cuadrículas y situar los hallazgos en ellas; dividir el hábitat en sectores y realizar operación similar; recoger un muestreo; recoger la totalidad de lo visible;... etc. Cualquier actitud plantea sus desventajas y sus beneficios. Sin duda, tras siglos de abandono la erosión y agentes externos han podido variar la posición inicial de los artilugios y objetos, lo que haría casi inservible una localización muy precisa. De todos modos es significativa, de modo relativo, cualquier ubicación.

Por otra parte, el muestreo presenta el riesgo del error por insuficiencia en la recolección. Aunque igualmente la recogida total anula cualquier nueva reinterpretación posible; si bien garantiza que los expoliadores no se beneficien de nada (en principio) o que el yacimiento pase desapercibido. Quede pues la cuestión al buen juicio del prospector y a las circunstancias particulares de cada caso y yacimiento.

La misma prospección, en ocasiones no puede alcanzar los niveles inferiores por su propio carácter de superficialidad y en consecuencia, algunas ocupaciones humanas pueden permanecer ocultas o muy mitigadas a efectos de estadísticas en relación con culturas posteriores o más potentes. Por tanto, la prospección sí puede ocasionar alguna distorsión³³ o al menos carencia de datos fiables.

12. Concluir el estudio mediante análisis propios de la Arqueología Espacial. Es interesante establecer el territorio de explotación³⁴ y el territorio de captación. Cada yacimiento accedía, con sus habitantes y según su tecnología y posibilidades e interrelaciones con otros yacimientos, a una serie de recursos limitados por el tiempo y el espacio y en consonancia con la rentabilidad de la actividad emprendida.

Se puede optar por «territorios ideales de explotación», consistentes en círculos de 5 o 10 Kms de diámetro o bien aplicar fórmulas de corrección según la topografía y el tiempo de recorrido³⁵. Todo ello suponiendo que los hombres prehistóricos consideraran ideal el caminar «1 hora» para obtener sus recursos vitales.

³³ *Arqueología Espacial. (Op. cit.)*. Vol. VI. Pág. 33. Intervención de BURILLO, F.

³⁴ FERNÁNDEZ MARTÍNEZ, V. M. y RUIZ ZAPATERO, G. «El análisis de territorios arqueológicos: una introducción crítica». *Arqueología Espacial. Coloquio sobre distribución y relaciones entre los asentamientos. Vol. I. Aspectos generales y metodológicos*. (Teruel, 1984). Págs. 55-71. Teruel, 1984. Es de destacar igualmente en el mismo volumen el artículo de MAYORAL FRANCO, F. «Contribución a la delimitación del territorio de los asentamientos protohistóricos. Aplicación de un modelo de gravedad». Págs. 73-89.

³⁵ MAYORAL FRANCO, F. Cf. nota 34. Pág. 74. Se citan trabajos en los que se considera que comunidades cazadoras y recolectoras admiten una dispersión y aplicación de esfuerzos hasta un radio de 10 Kms; en sociedades agrícolas sedentarias, se reduce a un radio de 5 Kms para que la inversión del esfuerzo sea rentable y arayente.